

Artículos



La flor de mayo: primera revista literaria de Venezuela

Mirla Alcibiades

Resumen

La Flor de Mayo fue publicada en Caracas en 1844. Fue la primera revista literaria que se publicó en Venezuela. Ha sido ignorada por la historiografía venezolana, circunstancia que lleva a organizar en estas páginas las condiciones que determinaron su aparición. A partir de esa constatación, se exploran sus contenidos: poéticos y en prosa. Esta revisión permite fijar los nombres de los intelectuales que la hicieron posible. Finalmente, se destacan los aportes que concretó en el ámbito de la impresión hemerográfica en el país.

Palabras Claves: *La Flor de Mayo*, revista literaria, Abigail Lozano, Federico V. Maitín, Venezuela.

Abstract

La Flor de Mayo was first published in Caracas in 1844 and was the first ever literary review to appear in Venezuela. Since Venezuelan historians have said nothing about it, we have decided to trace the events that led to its appearance. We shall then proceed to analyse its contents, that is, both poetry and prose. We shall also identify the intellectuals who produced this review. Finally, we shall highlight the contributions which this journal made to Venezuelan hemerography.

Key words: *La Flor de Mayo*, literary review, Abigail Lozano, Federico V. Maitín, Venezuela.

Las revistas literarias

Al tratar de la primera revista literaria venezolana, se ha dicho que el privilegio corresponde a *La Oliva* (Picón Febres, 1972: 136), título aparecido en 1836. Tal vez esa afirmación se apoye en un hecho: los poemas que ofrece en forma sistemática. Por otro lado, está quien concede el mérito a *La Guirnalda* (Cuenca, 1980: 65-66¹), que vio la luz algunos años más tarde, en 1839, bajo la dirección del cubano José Quintín Suzarte. En otra línea de preferencias se afilian quienes inclinan la balanza a favor de *El Liceo Venezolano*, que hace acto de presencia en 1842. Esta última interpretación se apoya en la idea de que este papel se comprometió a “difundir en el país el gusto literario y artístico” (“Prospecto” de esta revista en *El Liberal*, 14.I.1842: 1).

La razón que se ha esgrimido al conceder primacía a alguno de esos tres títulos es que, en ellos, se da lugar al producto literario (básicamente prosa y poesía). Pero basta revisar los índices que se han publicado sobre esas tres propuestas que menciono², para advertir que en sus páginas también hay inclinación por otras materias: educación, historia, cultura, etc. De ahí resulta que si nos contentamos con definir las como revistas literarias, también podríamos calificarlas de publicaciones pedagógicas o de enfoque histórico, porque sus folios cobijan esos intereses. En mi opinión, esos papeles deben verse como antecedentes de las publicaciones periódicas dedicadas en exclusiva a la materia literaria. Para hacerles justicia, pienso que se ajustan apropiadamente a la idea de impresos culturales.

En la medida en que la literatura iba ganando espacio en la prensa, pareció natural comenzar a pensar en títulos dedicados en exclusiva a esos contenidos. Lo fundamental es que ya no se encuentra en estos papeles otro tipo de discursos a no ser los estrictamente estéticos. Nacían así las revistas literarias.

¿Cuál fue la primera de ellas? En realidad, los historiadores y críticos literarios de los siglos XIX y XX perdieron la pista de esos inicios. Por ejemplo, José María Torres Caicedo señalaba que “se asoció Lozano a otros jóvenes y empezó la publicación de un periódico literario titulado *El Album* y mas tarde la de otro que llevaba por nombre *Flores de Pascua*” (en Rojas, 1975: 113³). Similar parecer

vuelca Felipe Tejera en sus conocidos *Perfiles venezolanos*, de 1881, cuando sostuvo que Lozano “en unión de otros escritores publicó ‘El Album’ y más después las ‘Flores de Pascua’, ambos periódicos literarios” (1973: 185). Es la opinión que adopta el *Diccionario general de la literatura venezolana*, donde leemos que “Lozano fundó en Valencia dos revistas literarias *El Album* (sic) y *Flores de Pascua*, desde 1843” (p. 436). En ese diccionario que cito también señalan que José Antonio Maitín “(c)olaboró asiduamente, en compañía de Abigaíl Lozano en las revistas literarias: *El Album* (sic) y *Las Flores de Pascua*, (1844-45)” (p. 444).

Después de haber leído las afirmaciones precedentes, estamos persuadidos de que sólo existieron dos periódicos literarios en los años cuarenta del siglo XIX: *El Álbum* y *Las Flores de Pascua*. Los dos títulos habrían corrido en 1843 o 1844-45, según el *Diccionario...* citado. Por cuanto es un par el mencionado por los especialistas, cabe la pregunta: ¿fue *El Álbum* —entonces— el primer impreso periódico que dio preminencia a la materia literaria en Venezuela? La idea parece recibir acogida en Fernando Paz Castillo, pues el poeta —devenido, en este caso, crítico literario— sólo prestó atención a una de esas publicaciones, cuando observó que el mismo Lozano “(f) unda con algunos compañeros su primer periódico poético *El Album*” (1964, I: 152).

Primera revista literaria: *La Flor de Mayo*

Las preguntas que dejé sin respuesta en el acápite anterior dan lugar a un resultado: ni *El Álbum* ni *Las Flores de Pascua* deben ser tomadas como las primeras revistas literarias venezolanas. Estoy entendiendo por tal, impresos de entrega regular que dieron acogida a la escritura estética, con exclusión de otras materias habituales en el período (historia, educación, economía, política). Cuando apareció la primera de ellas llevó un subtítulo que, dentro de las coordenadas actuales, describe el propósito de sus contenidos. Se identificaba como “Periódico literario”⁴ y, por tanto, sólo dio cabida a escritos de esta especie. Como indico en el título que presenta estas páginas, ese material fue *La Flor de Mayo*.

La ruta que nos permitió conocer su existencia fue la prensa caraqueña del momento. Ciertamente, la publicidad sobre este registro estético la inaugura la edición número 491 de *El Liberal* (20.V.1844: 6). En esa precisa ocasión se encuentra la noticia que nos interesa: el “Prospecto” del nuevo material. Una de las razones esgrimidas para dar salida a la nueva oferta lectora, era la dificultad que significaba para la mayoría leer la prensa extranjera. Por eso, un grupo de jóvenes —así se calificaban— decidieron “publicar en castellano las mas agradables é instructivas composiciones de los diarios de mas crédito que están á la vanguardia de la civilización”. Es decir, la idea inicial no pretendía ir más allá del acopio de escritos literarios, posiblemente por la vía de la traducción.

No tuvieron timideces en reconocer que, ante la vastedad del propósito, les cruzó la idea de desistir de la empresa. Fue en ese momento de vacilaciones “cuando otros jóvenes de conocido gusto literario nos han prometido ayudarnos con artículos originales de la misma especie, en prosa y verso”. Teniendo el compromiso de los productores locales —cerraban en su justificación—, “emprendemos nuestra obra”.

Como queda visto, las miras eran modestas. No buscaban contribuir con el progreso de las letras nacionales. Tampoco alegaron propósitos fundacionales, en el sentido de estimular el surgimiento de la literatura patria. Menos aún aventuraron por los vericuetos de la poética, por cuanto no se les ocurrió tratar mayormente de su concepción literaria, en tiempos en los cuales se cruzaba el debate entre clásicos y románticos. Por el contrario, la finalidad rayaba en la humildad. Sólo concebían un periódico “si no de un mérito sobresaliente, que por lo ménos haga pasar sin tedio los momentos de ocio que nos dejan nuestras acostumbradas ocupaciones”. Nada más.

A largo plazo se proponían que los suscriptores coleccionaran cada entrega, que contendría 32 páginas, hasta que, en el sexto mes, hubieran reunido igual número de cuadernillos para que, ese total, adoptara la forma de un volumen cercano a las 200 páginas. El conjunto se organizaba en foliación continua, por cuanto, como se vio, prevalecía la idea del libro; por eso la renuencia a indicar el mes y a particularizar cada edición. El prospecto apunta a ese propósito

al indicar que con la conclusión del tomo “se dará una carátula y un índice que contenga sus materias”.

Siempre desde *El Liberal* (N° 497, 1°.VII: 1), se anuncia la aparición del primer número. En ese momento, se asegura que se han topado los lectores con el primer intento de ofrecer material literario en lapsos periódicos. Indicaba esta publicación lo que sigue:

En un país como el venezolano, que poco se ocupa en asuntos literarios, agitado siempre por polémicas personales y controversias de partido, es consolatorio ver aparecer una publicación que (...) solo trata materias literarias de utilísimo recreo.

En realidad, y para hacer honor al título, quisieron que los primeros folios se conocieran el mes de mayo, pero esto no fue posible. Lo observado se constata porque es sólo en el mes de julio cuando *El Venezolano* (N° 248, 6.VII.1844: 1) hace saber que “La 1^a entrega salió el 30 de Junio”. Por su lado, *El Liberal* nos sigue informando, esta vez en el número 503 del lunes 12 de agosto de ese año de 1844 (p. 1), al prometer que “(s)aldrá el número 2° el martes 13 del corriente”. Esta última noticia la seguían repitiendo después de esa fecha (N° 504, 19.VIII.1844: 4), lo que permite asegurar que para el octavo mes del año no había salido de la imprenta; y lo que deja, igualmente, apreciar las dificultades para cumplir con el rigor esperado en estos casos: la puntualidad. Tal vez por eso no se vuelven a leer anuncios que prometían la inminente aparición de la siguiente edición.

En lo que se refiere a contenidos, respetó lo que prometían en el prospecto, razón por la cual se encuentran en sus páginas varios autores extranjeros. De los veinticinco textos en prosa y verso que completan la colección, ocho son de procedencia foránea. Y es que, sin duda, los autores nacionales (en prosa y poesía) se arrogaron el dominio de las dos columnas del impreso.

No obstante la ausencia de escritos declarativos o doctrinarios, es evidente la ruptura generacional. Se advierte el propósito en el recurso a un procedimiento mucho más discreto: la ausencia de la producción de figuras como Andrés Bello y José Joaquín Olmedo (sobre todo el primero), infaltables en los años anteriores (y siguientes) en cualquier producción periódica que ofreciera una sección de literatura⁵.

La predilección por manifestaciones estéticas producidas fuera del país no debe explicarse sólo por la vía de un pretendido gusto por lo foráneo. En primer lugar debemos preguntarnos qué estaban entendiendo por literatura extranjera. Esa pregunta me parece fundamental porque su respuesta encierra una de las claves para entender ese período de nuestras letras. Con ‘foráneo’ se referían, básicamente, a las literaturas europeas. Pero no vaya a creerse que favorecían todos los períodos de la historia literaria de esas comunidades nacionales. Les interesaba la producción coetánea, la que se producía en esos mismos años en la otra orilla del Atlántico.

Pienso que el espacio otorgado al producto estético europeo era una manera de superar la hegemonía de la tradición clásica que, aunque no podemos olvidar que provenía del continente al que aludo, era la que pretendían superar. En los autores coetáneos de Europa, veían el modelo a seguir. Venezuela, e Hispanoamericana, comenzaban a aceptar que compartían con el territorio de las coronas imperiales similar proceso de modernidad y, nada más natural, les parecía que valerse de sus propuestas estéticas para dar cuenta de las (similares) experiencias individuales y colectivas por las que comenzaba a transitar esta parte del planeta. No en balde, la tesis de que nuestra literatura debía ser de imitación fue convencimiento manifiesto por buen número de nuestros letrados de entonces.

En esa línea, los redactores de *La Flor de Mayo* dan a conocer siete relatos (todos de procedencia francesa): “Un retrato de mujer” por el barón de Bazancourt (traducción de “B”); “Dayela” (versión al castellano por “D”), escrita por María D’Anspach; “Recuerdos artísticos”, de madame Reybeaud; “El último de los Mont-Mayeur”, por Mole-Gentilhomme; “Marcelina de Volmerange”, firmado por Paulin Niboyet; “El verdugo de la reina” y “La condesa van Ostroem” (estos últimos sin identificación de autor). Salvo las traducciones que menciono, las demás no dan señales referidas a la versión castellana.

Se han visto en el párrafo anterior dos productos de procedencia femenina. Ello no debe sorprender porque, sobre todo a partir de 1839, los venezolanos querían familiarizar a sus congéneres con la lectura, y nada más apropiado para hacerlo que a través de la producción de otras mujeres. De ahí que, la inclusión de estas escritoras⁶ permite

sostener que *La Flor de Mayo* también estuvo pensada para las receptoras⁷. Que hayan sido textos originales de Francia los únicos extranjeros que cobijaron sus páginas, tampoco es azaroso. Este país fue el privilegiado como proveedor de materiales de ficción, cuando menos hasta la década de los 60⁸.

La oferta narrativa de estas escritoras (“Dayela” y “Recuerdos artísticos”, como vimos) aborda el tema de los amores imposibles. Sin embargo, la última de esas dos piezas toca otro elemento de interés para el lector venezolano, pues gira alrededor del mundo de la ópera. Esa temática resultaba altamente atractiva para los receptores del momento, pues el *bel canto* había reactivado su presencia en fecha muy reciente, al regresar a Caracas las compañías de ópera desde 1842⁹.

En estos relatos, la temática más recurrente fue la que planteó la cuestión relativa a los acuerdos matrimoniales. De tal manera encontramos ese núcleo de significación en “Un retrato de mujer”, “Marcelina de Volmerange” y “La condesa van Ostroem”. De hecho, el segundo cuento lo plantea de manera explícita en las líneas finales: “Después de este hecho ningún padre ha forzado la voluntad de sus hijos, porque recuerdan con espanto el nombre de Marcelina” (p. 115). Fue esta una preocupación del período. En Venezuela cargó de significación el relato (o novela corta) “Amelia” de 1845¹⁰.

He indicado la preminencia de autores nacionales. A partir de ahí, podemos deducir que no quisieron ser indiferentes al cultivo de la prosa. Sobre estos prosistas locales, es de obligación señalar como punto de partida que su oferta de escritura no desluce al enfrentarla con la cultivada por los europeos. Hay dominio del arte en nuestros prosistas Celestino Martínez, F.V.M. y D. Mendoza. El primero se presenta con “Una familia víctima”, título que continúa con el subtítulo de “Episodio de 1812”. De manera que este intelectual —que es conocido en el presente por sus dotes como pintor también supo incursionar con solvencia en los predios literarios. A tal fin se sitúa en el pasado (el año en que se pierde la llamada Primera República), como época idónea para tematizar el amor imposible, introducir la locura del personaje femenino como la (no)salida del conflicto, apelar a una concepción maniquea de los personajes y, en definitiva, crear

una atmósfera donde se privilegia “la tristeza en el alma” (p. 47)¹¹. No es azaroso, por lo demás, que el texto venga presidido por un epígrafe tomado de George Sand¹². En definitiva, es un texto que presenta a Celestino Martínez como cabal expresión de la nueva sensibilidad estética que se impondría en el país y el continente durante largo tiempo. Podemos acotar que la temática histórica tuvo privilegio como materia literaria en la época.

El siguiente texto en prosa de un venezolano que leemos en *La Flor de Mayo* se titula “San Bernardo”. Lo primero que debemos resolver en relación con esta resolución escrita, tiene que ver con la autoría, pues viene bajo la firma de F.V.M., las mismas iniciales que aparecen al pie de otros escritos en la misma publicación. Sin lugar a dudas, se trata de Federico V. Maitín. Me he referido a la importancia de su obra en mi aporte de 2007 (p. 95, nota al pie). En esta oportunidad, el hermano de José Antonio Maitín apuesta a favor de un escrito donde van de la mano crónica y relato de viaje. Ambas modalidades de escritura fueron muy valoradas en su momento, razón por la cual no podemos calificar sino de atinada la opción genérica que cultiva. Tampoco olvidemos que el conocimiento de otras latitudes (aunque fuera a través de la lectura) fue una de las ambiciones del período. En este caso se trata en su mayor parte de la transcripción del testimonio de Alejandro Dumas sobre un recorrido que hiciera por los Alpes al monasterio que da título al escrito. Estas columnas ilustran el propósito del autor, el cual era tomar “noticias de diversos viajeros que han visitado el Monasterio, las impresiones que les han producido, que en diversas épocas hemos apuntado y publicamos hoy” (p. 82).

El último venezolano que opta por la prosa en esta revista es D.[aniel] Mendoza, autor que opta por “La mujer. Reflejada en dos distintos espejos”. No es un relato, es una reflexión que gira en torno de las dos representaciones de lo femenino que fueron cultivo común durante esos años: la mujer como ángel o como demonio. Pero importa señalar en relación con este punto que la representación de la mujer como encarnación de valores que rayan en lo sublime (heroicidad, abnegación, etc.) no es encarnada en una venezolana sino en una neogranadina: Policarpa Salavarrieta (La Pola). Estoy

en capacidad de asegurar que podría hacerse un estudio sobre las diferentes representaciones de este personaje histórico en la literatura venezolana de entonces. Fue ella personaje central de poemas, escritos en prosa y obras de teatro¹³. Llamativa por demás esta preferencia en una comunidad nacional que tuvo tantas mujeres conocidas por su arrojo y sacrificio en los años de lucha libertaria. Pensemos tan solo en Luisa Cáceres de Arismendi, las hermanas Aristeguieta, Dominga Ortiz de Páez, Cecilia Mujica, Juana Bolívar, Eulalia Ramos Sánchez de Chamberlain, Juana Ramírez, Josefa Camejo, Ana María Campos, Leonor Guerra, Concepción Mariño, etc.¹⁴.

Los poetas

A diferencia de la prosa —donde vimos la presencia de autores franceses—, de los diecisiete poemas que se leen en la colección, sólo uno, el último, es de procedencia foránea: “El iris”, de Ramón de Campoamor. Es una avanzada que trabaja la dicotomía, los extremos, que despertaban interés en ese tiempo (ilusión/desilusión, esperanza/desesperanza, etc.).

En lo que tiene que ver con los escritores nacionales, se desplazan nombres conocidos junto con otros de los que no se guarda noticia en el presente. Así, vemos siete poemas de Abigaíl Lozano, entre ellos el que abre la colección y que, obviamente, deja ver su grado de compromiso con la publicación. Hablo de “A la flor de mayo” (p. 1). Hay dos poemas que, en mi opinión, destacan en esta revista, uno de ellos es éste en el que me detengo en los actuales momentos.

Sin lugar a dudas, es una de las resoluciones en verso mejor logradas del autor. Hasta donde alcanza mi lectura del siglo XIX venezolano, es el primer poema que se atrevió a explorar el erotismo. Se advierte el hecho en el uso de un léxico desacostumbrado entre los escritores venezolanos de entonces: “voluptosa”, “lúbrica”, “frígida”, etc. Por añadidura, encontramos una densidad temática que, en solo dieciséis estrofas, lleva a la voz poética por un tránsito que recorre la exaltación erótica que señalo, pasando por la confrontación ciudad-campo (en este caso ciudad-naturaleza); la puesta en ejecución de otros enfrentamientos de contrarios (luz/oscuridad, felicidad/llanto,

amor/desamor, etc.); la declarada admiración a la flor que da título a la publicación, la exaltación de la naturaleza; y, sobre todo, el elemento natural como expresión del sentimiento; todo ello para llegar al tema que dio dinamismo a buena parte de la poesía lozaniana: el dolor. Son estos algunos de los significados que van construyendo uno de los poemas más plenos de sentidos en esos años.

Esa poesía que aborda la imposibilidad del amor (tanto por el sentimiento no correspondido como por el fracaso posterior o la traición) es la fórmula que se encuentra “En un álbum”, por U. (p. 18); “Recuerdos de un centinela” por J.A.C. (p. 81)¹⁵; “Desventuras de un amor” por A. Lozano (p. 96). Pero hay que decir que la imposibilidad del amor no fue la única manifestación que exploró esa poesía a la que cabe la denominación ‘del dolor’. También la apreciamos en su forma luctuosa, esa medida la da “Para el álbum de la señorita***. En la muerte de su padre” por Daniel Mendoza (p. 44) o en “Ya acabó” (también de Lozano).

Esta última oferta es una variante que conjuga tanto la cercanía a la naturaleza, en la forma de esta ave a quien se atribuye el anuncio de la muerte, como la expresión de una voz poética que asocia la existencia humana con lo fatídico. La resolución formal en octavas (cuando la mayoría de los poemas optan por la cuarteta) dice relación con esta temática. El dolor como estigma que condiciona la existencia humana se apodera de todos los escenarios. Hasta el amor materno recibe el contagio de ese convencimiento; tal en “Al cumpleaños de mi madre”, también de Lozano (p. 57). Un acercamiento que pudo dar lugar a manifestaciones de sentimiento filial sólo concede aparte a esta constatación: “Lo sé: no tengo en mi laud ingrato,/ Madre, alegres cantares que ofrecerte”.

Desde luego, también está el refugio que garantiza el Creador. Es la fórmula que elige H.H.¹⁶ en “Plegaria de un moribundo”. También Lozano (sin olvidar la referencia al paisaje) concebirá “A Dios” (p. 80). Y es que queda una salida al dolor, a la soledad, al duelo, a la tristeza...; aquí la divinidad cristiana es consagrada como el cobijo frente al desamparo: “Y secará mis llantos tu santa aparición”.

Con la ayuda de dios, el dolor no se instala en todas las etapas de la existencia. También pareciera que el recuerdo de la edad

infantil pudiera servir para exorcisar el dolor y, a su vez, ser capaz de consagrarse con el tiempo de la dicha. Es lo que pudo querer plantear Lozano en “El amor de la niñez” (p. 107-108). Sin embargo, ni siquiera esos años se sostienen con signos de edad dorada; pues no escapa al descrédito emocional. Tanto al advertir que “Solo hallamos desengaño/ Hasta en la misma virtud” (p. 108) como al marcar el fin de la edad infantil con una imagen que abre el poema y que, sin duda, habrá golpeado la sensibilidad de muchos lectores: “Cuando el materno beso en nuestra boca/ Halla heladas las risas del cariño,/ Y nuestra madre en sus caricias toca/ Al ser adulto donde busca al niño” (p. 107), se advierte como un afán enfermizo de destruir, de desacralizar ese puerto que, tal vez, podría servir de ancla, de sostén emocional, a una existencia atormentada.

¿Todo es desilusión?, podríamos preguntarnos. La respuesta se resuelve en negación. Si bien la vida íntima no parece encontrar razones para el encomio (cuando menos en los poemas que estamos leyendo). En el escenario público o, si prefiere decirse, en el horizonte colectivo, hay certeza de bienes comunes. Es cierto que no hay elogios a la vida política y a la administración de los bienes públicos¹⁷, pero hay orgullo en relación con el pasado inmediato, sobre todo el que se residencia en la etapa de lucha independentista.

Ese orgullo legitima las propuestas de “Al señor don Francisco Iturbe”¹⁸, por Simón Camacho (p. 18-19) y “Un pensamiento a Ricaurte” por Abigaíl Lozano (pp. 42-43). La mirada al pasado como escenario útil para iluminar el presente fue uno de los soportes en esos años. Algunas veces adoptó la forma del poema corto, como los dos casos que hemos señalado en *La Flor de Mayo*; otras veces, la forma en verso se torna mucho más extensa. No necesariamente esa mirada al ayer tenía estricto apego a los hechos históricos.

La mayoría de las veces una acción que se ubicaba en Venezuela, en tiempo pretérito (guerra de independencia o, más frecuentemente, siglo XVIII), en forma de verso de relativa extensión, casi siempre con afanes didácticos (de orden moral), con ágil resolución narrativa y fácil lectura, de rima ligera (como que buscaba la complacencia del lector), tomaba el nombre de romance, tradición o, más frecuentemente, leyenda. No puedo sostener que el tema tratado ya existía en la

tradición oral y que el autor buscaba validar una resignificación en el presente. Pero sí puedo asegurar que tuvo cultores, como señalaré de seguidas.

Una muestra de esa formulación se encuentran en esta revista que me ocupa. Se titula “Quien tiene enemigos, vela. Tradición caraqueña” de José María González (pp. 58-62). En otros volúmenes del período encontramos este tipo de manifestaciones. Por ejemplo, Manuel Manrique Jerez (1844) ofrece “Nada vale, aunque inocente. Sin el honor la doncella. Leyenda del siglo XVIII” (pp. 73-124); Abigail Lozano hace lo propio (1845) con “Amores de un héroe colombiano. Leyenda» (pp. 102-111) y “Don Tristán. Leyenda nacional. Tradición de Nirgua» (pp. 217-257).

En otros impresos del período encontramos de Ramón Ignacio Montes “Dos épocas de Boves. Leyenda venezolana» (*El Álbum*, T. I: 125-131). José Antonio Maitín se une al grupo con “El máscara. Romance” (1851: 113-126) y, en el mismo volumen, “El sereno. Romance” (pp.127-163). Abigail Lozano vuelve con “Amor y patriotismo. Leyenda fantástica” (1864: 182-191). También hubo en prosa, como la “Amelia. Leyenda original” que hemos comentado en parágrafo precedente.

Tres poemas me falta mencionar. Dos de ellos: “A Delmira en la reja”, un madrigal de Daniel Mendoza (p. 110) y “El peregrino” de H.N.¹⁹ (pp. 116-117) aluden directamente al universo femenino. El primer poema opta por una de las modalidades que se consideraban aptas para las lectoras: ligero en el tratamiento del asunto, sin profundidad, rápido de rima. La segunda oferta me interesa porque se resuelve en un diálogo entre una voz, la del peregrino, y otra voz, la del álbum; donde este último recibe las ‘congojas’ del primero. El tema guarda enorme interés porque resume las dos propuestas enfrentadas, en lo relacionado con la lectura para las venezolanas. De un lado, se preferían los textos ligeros, intrascendentes (como los madrigales); del otro, mayor densidad expresiva.

Recordemos que el álbum al cual se alude es el cuaderno de hojas en blanco, cuya poseedora ofrecía a los escritores para que escribieran en sus páginas. Sin dudas, muchas de aquellas producciones quedaron

sepultadas en esas hojas en blanco; otras, quizás las menos, fueron publicadas por sus autores, casi siempre ocultando la identidad de la propietaria del álbum. Entre los escritores hubo debate referido a la validez y el compromiso que demandaba la escritura en esas páginas. Evidentemente, los redactores de *La Flor de Mayo* validaban la existencia de este objeto literario²⁰. Importa con lo dicho afirmar la consideración de una destinataria de este papel periódico.

El último poema que quise tomar en cuenta es el otro texto de valor que resguarda esta flor caraqueña. Me he referido a los méritos estéticos de la propuesta de Lozano con su “A la flor de mayo”. Ahora quiero conceder privilegio a “Lo sabes?...” de F.V.M.

Hemos visto que las iniciales corresponden a Federico V. Maitín. En otro momento (Alcibiades, 2007: 95-102) he recogido el prólogo que escribió para *Tristezas del alma* de su amigo Abigaíl Lozano. Ningún género de dudas me asalta cuando señalo que fue uno de los teóricos del movimiento literario que se consolida a partir de la década de 1840. En lo que concierne al grupo de escritores que nucleó *La Flor de Mayo*, a él corresponde la mirada incisiva, escrutadora sobre los tiempos que le tocó vivir.

Por eso, si queremos buscar la poética de ese movimiento, cuando menos de esa porción de escritores que menciono, hay que explorar la producción de este intelectual, de Federico V. Maitín. Su obra no ha sido recogida en volumen, aunque cabe decir que parece haber sido hombre reacio a divulgar el producto de su talento. Entre los pocos textos que se le conocen figura el poema al que aludo. Fue concebido para proponer la temática que debía ser abordada por los poetas y, de esa manera, superar la poesía del dolor (la comúnmente llamada ‘poesía sentimental’) de esos años.

El poema se inicia con esta estrofa: “¿Por qué tan tristes ayes y quejidos/ En su canción el trovador levanta,/ Y suspiros tristísimos, perdidos,/ En su dolor exhala su garganta?”. Y, formulada la pregunta, con lo que se ponía en sintonía con quienes criticaron duramente esa poesía del sentimiento, daba la respuesta: “Yo no lo sé”. Niega razones pero sabe que el dolor existe, que está ahí. Por eso habla de corazones entristecidos, de amores perdidos cuando

se dejaba atrás la tierna infancia. Sin embargo, aun cuando hay conciencia del dolor pide que se deje atrás “Nuestros perdidos amores,/ Con ellos los sinsabores/ Del mundano, ingrato amor”. Queda un refugio, un remanso: “Y á los montes, las fuentes y las flores,/ Entonemos no mas nuestros cantares,/ Y olvidemos, cantor, nuestros amores,/ Con sus dulces delirios, sus pesares”²¹.

En la “Carta-prólogo” a sus *Obras poéticas* (1851) el poeta José Antonio Maitín (hermano de Federico, como he señalado) emitía conceptos similares. En esa oportunidad también cuestiona esa ‘estética del dolor’, ‘esa poesía de gemido’ (cf. Alcibiades, 2007: 111, nota). Es decir, los mismos cultores de esa estética estuvieron de acuerdo al señalar una probable exageración en ese tipo de registro expresivo.

Sin embargo, no se ha hecho el suficiente énfasis en un hecho que también pone a coincidir a varios escritores del momento. Me refiero a una conciencia extendida que habló de determinadas condiciones epocales que alimentaban esa emoción del espíritu. Por ejemplo, es de Federico Maitín esta apreciación: “Hoy todavía no sabemos qué puede esperar un poeta en esta tierra de absoluto materialismo. Llorar, gemir, debiera ser sin duda la estrella de su noche de tránsito” (p. 7). Indagando más en la paradoja del siglo que le tocó vivir, advertía la lucha del “padre contra el hijo, el hermano contra el hermano” (p. 8). También veía la pérdida del amor a la patria (p. 9), así como falta de “apoyo de la generacion pasada” a los jóvenes como él (p. 9).

También el cubano José Quintín Suzarte, quien vivió en Venezuela durante esos años, se refirió a los problemas de su tiempo al señalar:

...la vida de la humanidad en estos días es la lucha, y en ella vencedores y vencidos gastan las fuerzas y atormentan el espíritu” (1857: 136). Igualmente observó que “(e)l progreso del siglo XIX tiene algo de vertiginoso y de satánico (...) se vive tan de prisa que (...) (idem).

Varios autores de algunos de los documentos que recojo en mi compilación de 2007 hacen un alto para rechazar el materialismo

y pragmatismo de la época. También hablaron del envilecimiento del hombre atrapado en afanes crematísticos. Otra constante de esos años es la preocupación ante la velocidad, el ritmo acelerado de la vida diaria. Son temáticas que introducen valoraciones a las que no estamos acostumbrados cuando pensamos en la mentalidad del período; entre ellas la idea de modernidad, de vértigo, de aceleración de la vida cotidiana. Estos conceptos los hemos asociado al período de la modernización (a partir de la década de los 70) sin advertir que ya corrían en el imaginario del período que examino.

Esas determinantes epocales, como hemos visto, las supo advertir Federico V. Maitín. No las tomó en cuenta en el poema “Lo sabes?...”, porque en esas estrofas quiso invitar a superar esa percepción del momento: el refugio en el sentimiento doloroso a través de la invocación a la naturaleza. Pero, como suele repetirse, cuando menos en esos años de los cuarenta y cincuenta muchos poetas siguieron manifestando el desacomodo existencial en una poesía desesperanzada, trágica, dolorosa. Por eso pienso que el mote de ‘sentimental’ degrada su verdadera significación: fueron discursos que evadieron la referencia social en forma manifiesta. Es probable que la naturaleza tampoco haya sido el camino para anular las condiciones asfixiantes que percibían.

Redactores e impresor

Es necesario advertir también que en el “Prospecto”, así como en la colección que se conserva, no se advierten responsabilidades editoriales. Sin embargo, no es osado presumir que involucró el nombre y el esfuerzo de Abigaíl Lozano y de Federico V. Maitín. Puedo ofrecer dos razones para avalar lo dicho: ambos presentan el mayor número de colaboraciones a lo largo de la colección y los dos mantenían cercanía afectiva y hermandad de proyectos intelectuales, al punto que fue F.V. Maitín quien prologó las *Tristezas del alma*, volumen de poesías de Lozano en 1845²², amén de que Lozano utiliza en varios poemas epígrafes que toma de la obra inédita (en prosa y poesía) del amigo. De hecho, la revista asoma la existencia de, cuando

menos, dos responsables. En “San Bernardo”, F.V.M. habla de “los Redactores de *La Flor de Mayo*” (p. 82)²³.

Pero prefiero dejar de lado el campo de las especulaciones para colocar el acento en un hecho relevante. Lo señalaba la nota del número 497 de *El Liberal* que he mencionado páginas atrás. Decía en determinado momento la nota de publicidad lo que destaco: “Con respecto á la parte material, la FLOR DE MAYO es uno de los trabajos que mas honran las prensas venezolanas: es un modelo de buena impresion; y comparado con las publicaciones europeas no debe temer quedar airoso. El impresor ha tratado con rara predileccion la obra”.

¿Dónde se imprimió *La Flor de Mayo*? Pues bien, salió de los talleres de George Corser. Por eso, en el prospecto que leímos en el N° 491 de *El Liberal* caraqueño, se anunciaba que el nuevo papel estaba confiado a “esta imprenta”. Se referían, desde luego, a la firma que también se responsabilizaba de sacar a la luz este periódico de José María de Rojas²⁴. ¿Es relevante la escogencia de esa imprenta? Pienso que sí. Lo destaca el aviso que habíamos leído en *El Liberal*, N° 497 (1°.VII.1844: 1):

Con respecto á la parte material, *La Flor de mayo* es uno de los trabajos que mas honran las prensas venezolanas: es un modelo de buena impresion; y comparado con las publicaciones europeas no debe temer quedar airoso. El impresor ha tratado con rara predileccion la obra que lleva el título de nuestra mas bella parásita.

No es extraño que desde ese periódico se elogiara al impresor, por cuanto era el mismo que imprimía sus páginas. En lo referido a la ‘buena impresión’ nos encontramos con un elogio merecido, pero no es un mérito que les corresponda en exclusiva: *La Oliva*, por ejemplo, fue un papel impecablemente impreso. ¿En qué consistió el hecho destacable en este campo que particulariza a *La Flor de Mayo*?

Fueron varias: pliegos de alto gramaje, corrección impecable, amén de la alta factura de sus contenidos. Pero, en lo que refiere a adelantos en técnicas de impresión, la portada elegida reclama lugar destacado en la historia de la imprenta en Venezuela. Esa

portada optó por el color. Es verdad que no fue toda la página, se trata de una pequeña imagen de la orquídea, la flor de mayo, con la cual se exorna la carátula. Sin dudas, es impecable la selección cromática.

Hasta donde conozco, no se había incluido el juego de colores en una revista venezolana. Precisamente, esa imagen de la orquídea la he elegido como rostro para mi libro *Ensayos y polémicas literarias venezolanas: 1830-1869*. Aunque la resolución cromática no cubre toda la portada, sólo un fragmento de ella (como quedó expresado), ya es un avance destacado en punto a técnicas de impresión.

Cierre

Las 128 páginas, que conforman la colección de *La Flor de Mayo* que se conserva, permiten presumir que contempla todos los números que le dan forma a esta revista. Aunque parezca paradójico, pudo contribuir al olvido que la ocultó por más de un siglo el protagonismo que tuvo en ella el creador de *Tristezas del alma*. Entusiasmados con su poesía, no se ha prestado atención a otras fórmulas impresas que cultivó con igual entusiasmo y calidad estética.

No podemos saber todavía qué circunstancias llevaron a su desaparición. Con seguridad, fue desplazada en 1845 por otra publicación de características similares y que, esta vez, tuvo mayor duración. Esa nueva revista fue *El Álbum*. Sin dudas, el estudio de este último título hemerográfico nos llevará a determinar por qué desapareció *La Flor de Mayo*.

Notas

- ¹ Indica Cuenca que la dirigió José Luis Ramos, pero quien revise la colección así como las reseñas que le dedicaron periódicos coetáneos, comprobará que la fundó y dirigió quien señalo.
- ² Aludo a los elaborados por Carmen Luisa Escalante, Alida Castellanos de Goa y María Marotta de *El Liceo Venezolano*, *La Oliva* y *La Guirnalda*, respectivamente.
- ³ Aquí, como en sucesivas ocasiones, conservo la ortografía y la puntuación originales.

- ⁴ No perdamos de vista que, en el siglo XIX, se hablaba de ‘periódico’ no de ‘revista’.
- ⁵ Para no cargar de datos este rápido recuento, puedo recordar que, en esos mismos años, el libro de autoría múltiple, *Flores de Pascua* (1849), incluyó una producción de Bello (“Oda al Anauco”, pp. 56-57).
- ⁶ Aunque tampoco puede descartarse que sean seudónimos utilizados por escritores.
- ⁷ Es cierto que el “Prospecto” marcaba interés por “la juventud venezolana” y no señala preferencia por la recepción femenina, pero los contenidos de la publicación invocan a la mujer como destinataria.
- ⁸ La necesidad de abandonar el molde que proveyó la novela francesa fue planteada por algunos sectores en la década que menciono. Este aspecto lo examino en mi libro de 2004 (pp. 267-269).
- ⁹ En la larga nota “Franz Coenen” —sobre el violinista holandés que visitó con enorme éxito la ciudad capital de la república en 1850— se asegura que 1842 fue la “época en que se conoció entre nosotros la Opera italiana” (*El Clamor Público*, Caracas, 19.IX.1850: 3). Pero el estreno corresponde a Francia: “(l)a primera ópera puesta en escena en Carácas fué francesa” (R. de la Plaza, 1977: 103).
- ¹⁰ Larrazábal Henríquez y Carrera incluyen el texto en su *Bibliografía...* sobre la novela. Habrá quien prefiera calificarlo de relato largo. Apareció en *El Repertorio* caraqueño (sin autoría) los meses de enero y febrero de 1845 (páginas 28-47 y 95-116, respectivamente).
- ¹¹ Expresión que prelude el conocido título del pequeño volumen de Abigaíl Lozano, *Tristezas del alma*, de 1845.
- ¹² Hecho que demuestra un conocimiento de la producción de esta intelectual francesa desde fecha temprana.
- ¹³ Rafael Agostini (el poema “La Pola”, T. I: 44-50); Lisandro Ruedas ofrece *La victoria de la libertad ó Policarpa Salavarrieta* (Valencia: Imp. de Bartolomé Valdés, 1850); es de Heraclio Martín de la Guardia *Policarpa Salavarrieta*. Drama en tres actos (Caracas: Imp. de George Corser, 1851); en *La Opinión Nacional* (Caracas, desde el 16.3.1872: 1 hasta el 3.IV.1872), comienza “La Pola. Drama histórico en cinco actos por Medardo Rivas”; *Diario de La Guaira* (26.1.1880: 2-3) brinda en “Policarpa Zalabarrieta” la biografía de la colombiana; por su lado Eduardo Calcaño opta por *Policarpa Salavarrieta*. Monólogo en verso...

(Caracas: El Cojo, 1891); y un amplio etcétera. En la actualidad compilo éstos, y otros títulos, en volumen.

- ¹⁴ Breve semblanza de esas protagonistas de nuestra independencia en el *Diccionario de historia de Venezuela*. Me refiero a su participación durante ese período en mi *Mujeres e independencia: Venezuela 1810-1821*.
- ¹⁵ Las iniciales J.A.C. corresponden a José Antonio Calcaño; en cuanto a “U”, me atrevo a asegurar que apunta a Amenodoro Urdaneta.
- ¹⁶ Se ha establecido que H.H. fue una de las identidades de Fermín Toro en sus artículos de costumbre de *Correo de Caracas*. También se le adjudican los seudónimos Emiro Kastos, A.A.A., X.Y.Z., Jocosías. Pero este H.H. que leemos aquí no parece corresponder con esa autoría (pero es un asunto para dirimir en otro momento).
- ¹⁷ A esa desilusión por la administración de la cosa pública he hecho referencia en mi aporte de 2004, en especial en el primer capítulo.
- ¹⁸ Se recordará que Francisco de Iturbe fue el español que, en 1812, consiguió el salvoconducto de Monteverde para Simón Bolívar.
- ¹⁹ Hilarión Nadal. Hasta donde conozco, su poesía permanece dispersa en revistas, periódicos y volúmenes colectivos.
- ²⁰ Sobre la significación del álbum, puede verse mi propuesta de 2012.
- ²¹ El llamado de Federico V. Maitín lo colocaba en sintonía con el sector de la intelectualidad venezolana que se distanció de esa poesía sentimental. El texto que emblematiza ese cuestionamiento crítico a aquella tendencia de la literatura del momento (cultivada por varios de los poetas que aglutinó *La Flor de Mayo*) es el titulado, precisamente, “Un romántico” de Fermín Toro.
- ²² Ese texto de F.V.M. lo he compilado en mi propuesta de 2007: 95-102.
- ²³ Así como me atrevo a señalar responsabilidades, llama la atención que no se encuentre la firma de José Antonio Maitín, autor conocido para el momento. Es un hecho que no puedo dejar de señalar, pero ante el cual no tengo respuesta.
- ²⁴ Rojas, dominicano de origen, se había asentado en Caracas donde llevó adelante un intenso trabajo editorial, fue director de *El Liberal* desde 1841 y fundador del sello editorial que llevó su nombre. Padre, entre otros, de Arístides Rojas y José María Rojas,

supo inculcar a sus hijos el amor al libro, al estudio, a la lectura y, desde luego, a la escritura.

Referencias

- Agostini, Rafael (1844). *Cítara de Apure Ó Melodías del desierto*. Caracas: Imprenta Boliviana, 2 tomos.
- Alcibiades, Mirla (2004). *La heroica aventura de construir una república*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana/Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.
- Alcibiades, Mirla (2007). *Ensayos y polémicas literarias venezolanas 1830-1869*. Caracas: Casa Nacional de las Letras Andrés Bello.
- Alcibiades, Mirla (2012). “Álbum y universo lector femenino. (Caracas, 1839)”. *Orbis Tertius* (Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata), XVII (18). Disponible en: www.memoria.fahce.unlp.edu.ar
- Alcibiades, Mirla (2013). *Mujeres e Independencia: Venezuela 1810-1821*. Caracas: Casa Nacional de las Letras Andrés Bello/Centro Nacional de Historia.
- Castellanos de Goa, Alida (1956). *La Oliva. Índices analíticos*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, Escuela de Biblioteconomía y Archivos, Documentos para la historia de la cultura en Venezuela (Serie Monografías Bibliográficas, N° 4).
- Cuenca, Humberto (1980). *Imagen literaria del periodismo*. 2ª ed. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela (Col. comunicación social, 3).
- De la Plaza, Ramón (1977). *Ensayos sobre el arte en Venezuela*. 2ª ed. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República [1ª ed. Caracas: Imprenta al vapor de “La Opinión Nacional”, 1883].
- Diccionario general de la literatura venezolana* (1974). Mérida: Centro de Investigaciones Literarias.
- Escalante, Carmen Luisa (1956). *El Liceo Venezolano. Índices analíticos*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, Escuela de Biblioteconomía y Archivos, Documentos para la historia de la cultura en Venezuela (Serie Monografías Bibliográficas, N° 1).
- Larrazábal Henríquez, Osvaldo y Gustavo Luis Carrera (1998). *Bibliografía integral de la novela venezolana (1842-1994)*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación,

- Instituto de Investigaciones Literarias, Comisión de Estudios de Postgrado.
- Lozano, Abigaíl (1845). *Tristezas del alma*. Caracas: en la imprenta de Valentín Espinal.
- Lozano, Abigaíl (1864). *Colección de poesías originales*. París: Th. Ducessois, Editor.
- Maitín, José A.[ntonio] (1851). *Obras poéticas*. Caracas: Almacén de José María de Rójas.
- Manrique Jerez, Manuel (1844). *El arpa del proscrito*. Caracas: Imprenta Boliviana , por D. Salazar.
- Marotta, María (1956). *La Guirnalda. Índices analíticos*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, Escuela de Biblioteconomía y Archivos, Documentos para la historia de la cultura en Venezuela (Serie Monografías Bibliográficas, N° 5).
- Paz Castillo, Fernando (1964). *Reflexiones de atardecer*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación, Biblioteca Venezolana de Cultura, 3 Vols.
- Picón Febres, Gonzalo (1972). *La literatura venezolana en el siglo XIX*. Caracas: Presidencia de la República (Fuentes para la historia de la literatura venezolana, 4).
- Rojas, J.M. (ed.). *Flores de Pascua* (1849). Caracas: Imprenta de George Corser.
- Suzarte, José Quintín (1857). "Caracas". En: Pedro J. Morillas y Manuel Costales. *Aguinaldo habanero*. Habana: Imprenta del Gobierno por S.M.: 135-147.
- Tejera, Felipe (1973). *Perfiles venezolanos*. Caracas: Presidencia de la República (Fuentes para la Historia de la Literatura Venezolana, N° 5) [1ª ed., 1881].
- Toro, Fermín (1842). "Un romántico". *Liceo Venezolano* (Caracas), N° 5 (mayo): 256-258 (hay varias reediciones).
- Torres Caicedo, José María (1975). "Abigaíl Lozano". En: José María Rojas. *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos*. Caracas: Concejo Municipal del Distrito Federal [1ª ed., 1875]: 112-115.